

guiente caso: Cuando profesó, le hicieron hábito nuevo, y le dieron un sombrero para los caminos, y habiendo sobrevivido treinta años á su profesion, y los mas de ellos convirtiendo infieles por los campos, le duró este solo hábito y sombrero los treinta años, sin que jamas vistiese otro; de donde se infiere cuánto era el menosprecio de sí mismo; pues hábito de treinta años no le tenia por viejo. Intentaron los indios chichimecos matarle varias veces, porque con su predicacion despoblaba sus rancherías, reduciendo innumerables á los seguros apriscos de la Iglesia; pero siempre le libró Dios de sus tiranas manos, para mayores obras de su servicio: padeció entre ellos indecibles hambres; pues en sus rancherías no hay mas mantenimiento que tunas y raíces. Murió en paz como hombre santo, por los años de 1599, y está enterrado en nuestro convento de Zacatecas.

CAPITULO IX.

Vida de los venerables padres Fr. Juan de Roentes y de Fr. Gerónimo Pangua, hijos de esta provincia.

El celo y cándida vida del padre Fr. Juan de Roentes dejó venerables vestigios que seguir á la posteridad de los hijos de esta provincia. Tomó en ella nuestro santo hábito siendo custodia en el convento de la villa del Nombre de Dios: fué siempre virtuosísimo y celosísimo observador de nuestro evangélico institu-

to, dando desde su tierna edad primicias de su singular virtud, que fué creciendo siempre, hasta ser ejemplarísimo ansiano, pues como el oráculo divino nos enseña, es grande felicidad en un tierno mancebo habituarse al yugo de la virtud desde sus tiernos años, pues por este medio se eleva en lo religioso sobre sí mismo, y aun la erudicion numeró por la mayor y mejor parte de la vida el natural dócil de un virtuoso mancebo y la juventud bien habituada. Aplicóse desde muy niño á todo género de virtudes, las que consiguió teniendo sujeta con el rigor de la penitencia, en que fué rigidísimo, la rebeldía de la carne.

El celo que le asistia de la salvacion de las almas, era ardentísimo, por cuya causa para emplearse en la conversion de los indios, puso toda sollicitud en aprender sus idiomas, y lo ejecutó con tanto conato y vigilancia, que aprendió tres distintos idiomas de distintas naciones chichimecas, con perfecta inteligencia: con esta esencial noticia para semejante empleo comenzó á hacer muchísimo fruto en los indios de Vizcaya, enseñándolos caritativamente, y tolerando con grande paciencia las bárbaras resoluciones que ejecutaban continuamente con sus ministros. Ocupóse muchos años en tan loable ejercicio con mucho aprovechamiento de los indios, y aunque la provincia en atencion á su religiosidad y literatura le hizo difinidor, no dejó por eso de continuar tan santo ejercicio, ganando para el cielo muchas almas con su predicacion y ejemplo. Hizose de los bárbaros tan amable con su sincero y religioso trato, que le tenían grande veneracion y respeto, obediéndole en medio de sus desordenados modos de vida, con mas rendimiento que á sus mismos padres.

Fué devotísimo de las benditas ànimas del purgatorio, y muchas le vinieron á pedir los socorros de sus oraciones y devotos ejercicios para salir de aquellos oscuros y lóbregos calabozos en que, hasta purificar sus culpas, las tenia la justicia divina destinadas. Ocasión hubo en que, acabado el santo sacrificio de la misa, y echando un responso sobre la sepultura de un bienhechor del convento, gritasen de otra sepultura, diciendo: "á mí, padre Fr. Juan, que necesito de ese sufragio; que fulano; y le nombró por su nombre, ya salió á ver á la Divina Esencia con sus sufragios." Otros innumerables casos acerca de este parti-

cular refieren los vecinos de San Juan del Mezquital, donde fué muchos años ministro, que no refiero por decirlos con alguna variación, y solo en el referido, como fué en público delante de muchísimos testigos, están contestes todos. Lo que sí he hallado escrito con grande solidez y fundamento, es el siguiente caso que refiero.

Habia en el pueblo del Mezquital un vecino español muy omiso en pagar los diezmos á la iglesia; amonestóle el venerable religioso varias veces con caridad y cariño, díjole la obligación que tenia de pagar los diezmos á nuestra santa Madre Iglesia, con la apacibilidad que acostumbraba su benigno corazón: no tuvo efecto la piadosa monición en el corazón obstinado de este desventurado hombre, pues continuó en la rebeldía de no querer pagar los diezmos, y nuestro venerable padre en la caridad de amonestarle y reprender su obstinación y dureza; continuó esta con tanta rebeldía, que el celoso padre, avivado de su celo, le dijo un día en presencia de muchos vecinos: "hermano, bastantes veces le he amonestado doliéndome de la perdición de su alma; pero pues es irremediable su obstinado proceder, con notable lástima y pena de mi corazón le digo, que ha de morir sin confesión brevemente; y pues es cruel en negar á la Iglesia sus frutos, no ha de tener la dicha de que á la hora de la muerte le confiera sus sacramentos. No hizo caso de lo que el padre le dijo el duro corazón de aquel obstinado hombre, antes atribuyó á vejez cansada su caritativa corrección, apartándose de su presencia muy contento. Como la amenaza habia sido delante de muchos y éstos tenían formado del padre un piadoso concepto de que era varón perfectísimo, se escandalizaron de aquel endurecido y del poco aprecio que habia hecho del aviso, temiendo que le habia de suceder lo que el padre le habia vaticinado: poco tiempo estuvieron con estos recelos, porque el mismo día le dió un repentino accidente tan violento, que estando tres sacerdotes á su cabecera, no solo no tuvieron lugar de confesarle, pero ni pudieron absolverle; caso tan prodigioso y ejemplar, que causó grande lástima y admiración á todos los vecinos.

No es menos digno de nota y admiración el caso que le sucedió con un seglar sobrino suyo: continuamente daba el ve-

nerable padre á este su sobrino buenos consejos, haciéndole repetidas amonestaciones, porque le veía divertido y con imperfecciones causadas de la lozanía de su edad: llegó en una ocasión á noticia del venerable padre una travesura de su sobrino, y reprendiéndole con mas aspereza que otras ocasiones, le dijo: Mira, hijo, que temo que tengas algun fin desgraciado por tus travesuras y liviandades: temo que, si no te enmiendas brevemente, has de seguir á fulano, y dijo el nombre de un vecino conocido de Sombrete, que ahora en este instante le acaban de matar. Dijo el venerable padre esto delante de muchos seglares, que quedaron confusos con lo que oyeron; pero otro día llegó la noticia de que habian muerto lastimosamente al sujeto, en el mismo lugar y á la misma hora que el padre habia referido, de que quedaron todos pasmados, pues distando el lugar donde sucedió, al lugar donde se dijo, catorce leguas, conocieron todos con evidencia que le asistía el espíritu del Señor, quien le dió conocimiento del lastimoso caso al mismo tiempo que acababa de suceder.

Estaba el reprendido mancebo en todo el suceso, y si las otras moniciones no habian hallado lugar en su juvenil ánimo, esta hizo en su corazón bastante batería y conoció que estaba expuesto á fin tan desastroso, segun se lo habia vaticinado su tío, y como vió tan cierto el caso que le habia puesto á los ojos, puso enmienda á sus desórdenes, pidiendo encarecidamente al padre le encomendase á Dios y que le librase de tan lastimoso fin como amenazaba á su licencioso vivir. Consolóle el padre y le dijo que si enmendaba la vida y trataba de servir á Dios, podia fiar de su benignidad todo consuelo; y con esto mudó de vida y tuvo en ella buenos sucesos. Llegó el venerable padre á tener ciento doce años de edad, y jamas se puso lienzo ni calzado, ni dejó de ayunar viérnes, sabados, adviento y cuaresma, observando nuestro sagrado instituto en su prolija ancianidad, como pudiera un robusto jóven religioso.

Fué el venerable padre Fr. Juan el oráculo de San Juan del Mezquital y de todos sus contornos, porque reverenciando su excelente virtud y amable sinceridad, tenían todos en su caritativa religiosidad afianzado su consuelo en el alivio de sus mayores necesidades, recurriendo á sus oraciones como á ofici-

na de las divinas misericordias que experimentaron varias veces á su favor por medio de este santo religioso en sus mayores ahogos. Llegóse la hora de su muerte, y de solo el achaque de haber nacido, recibidos con mucha devocion los santos sacramentos, acabó su vida con toda tranquilidad conservando hasta aquel último trance la blancura y candor de su ánimo, dejando á todos con muchísimo consuelo su apacible muerte sobre una vida ajustadísima. Quedó su rostro tan sereno, que mas parecía de un jóven dormido que de un difunto penitente anciano. Lo que con singularidad fué notado de cuantos asistieron á su entierro, fué que todo el cuerpo se llenó de unas mariposas mas blancas que el armiño, girando en continuado vuelo de una parte á otra, sin que ninguna saliese del circuito del féretro en que yacía el venerable difunto, durando esta maravilla todo el tiempo que duraron los oficios hasta que se le dió al cuerpo sepultura. Vive hoy en dia en la memoria de los vecinos de San Juan, donde está sepultado este venerable varon, y todos son pregoneros de su religiosidad y maravillosa virtud.

El religiosísimo padre Fr. Gerónimo de Pangua, fué de conocida virtud y ejemplarísima vida en esta provincia de Zacatecas, á donde vino en mision de la santa provincia de Cantabria, mi madre; fué hijo de las Encartaciones de Vizcaya, y habiendo tomado el hábito en la recoleccion de San Mames, de la villa de Bilbao, luego que se ordenó y acabó sus estudios, pasó á esta provincia con celo de la conversion de las almas. Jamás se le conoció en estas partes la mas leve falta para el complemento de un perfecto y ajustado religioso á las delicadas leyes de nuestro evangélico instituto: á todos trataba con singular blandura y mansedumbre, menos á sí mismo, que se afligia continuamente con ayunos, penitencias y mortificaciones. Fué excelente ministro y fervorosísimo en los deseos de conducir almas al cielo, por cuya causa discurrió, evangelizando lo mas retirado de la provincia. Para facilitar la conversion de los indios aprendió con toda perfeccion á costa de indecible cuidado y trabajo, cinco idiomas de los bárbaros entre las mas rudas naciones, por cuyo medio hizo grandísimos frutos en diversas partes de esta provincia, donde fué fundador de algunos de sus conventos de la Vizcaya, debiéndose á su trabajo sus aumentos.

Como tenia noticia de las lenguas de los indios, y hablaba á cada nacion en la suya, tuvo especial don de ser de los bárbaros amado, respetándole con veneracion, sin que le desobedeciesen en un ápice. Remitia á cualquier indio bozal con carta para el prelado, noticiándole los aumentos de las nuevas conversiones ó de las necesidades en que se hallaba, y sin repugnancia alguna caminaba muchos centenares de leguas el indio, á pié, y sin mas sustento que el que adquiria en los caminos con su arco y flechas, y le traian respuesta del negocio, sin que jamas se le perdiese alguna. Enviábalos asimismo á los poblados de los españoles para que le trajesen un poco de maiz, que era el cotidiano sustento, y vino para decir misa, y siendo esta gente tan voraz por su naturaleza, y tan ansiosa de embriagarse á todas horas, aun con bebidas ásperas y desabridas, es cosa digna de admiracion, que ni la hambre les hiciese jamas que le quitasen ni un grano de maiz, ni jamas le gustaron el vino. Tenia asimismo este venerable padre tal dominio en los indios, que siendo entre sí sangrientos enemigos, y que en comenzando entre ellos una guerra, no suelen parar hasta destruirse, como dejo ya en otra parte referido, les quitaba las armas de las manos, y con la eficacia de sus palabras hacia tan firmes paces entre unos y otros, como pudiera la persona de mas poder y autoridad entre la gente mas política de Europa.

Estando el venerable padre en estos caritativos empleos en el reino de la Vizcaya, bien hallado con el fruto que para el cielo cogia, y los indios gustosísimos con su pastor amado, le significó el prelado la necesidad que habia en el pueblo de las Charcas de ministro inteligente del idioma guachichile, y aunque no se lo mandó con formal precepto, le dijo que si podia dejar aquellas conversiones en buen cobro con otro ministro, le parecia seria muy útil su persona para el consuelo de los indios del Venado y Charcas, los que actualmente estaban ausentes y alzados de sus doctrinas, andando por los montes, tan lastimosamente descaminados, como los corderos perdidos que lamentaba Jeremías. Tocóle en lo vivo del corazon al venerable padre el descaminado error de la rústica manada, y encargando á otros celosos ministros las almas de las conver-

siones de la Vizcaya, los consoló, prometiéndoles que si pareciese conveniente á los prelados, volveria á su compañía. Mucho sintieron los indios que se les ausentase su amado padre, y trataban de estorbar su salida con cuantos medios cabian en su rusticidad; pero como el ministro los tenia bien conocidos y le eran tan obedientes á cuanto les ordenaba, de tal manera les supo hablar, y con tan eficaces razones les persuadió la importancia de su salida, que aunque con sentimiento, hubieron de asentir á su justa resolucion, con cargo de que en poniendo en corriente los negocios, habia de volver á doctrinarlos y á asistirles, prometiéndoles que les daria gusto en cuanto estuviese de su parte, y le dieron buenas guías para que le acompañasen hasta el convento de Charcas, saliendo los indios de las conversiones á acompañarle muchas leguas.

En alas de sus fervorosos deseos llegó en breves dias á la doctrina de Charcas, y halló que la mayor parte de los indios andaban vagando en las asperezas de los montes que llaman de la Sierpe, Hypoa y Santa Clara; subió á sus fragosidades, recogiendo los indios que encontró, como Maraliva sus ganados, que nos dicen los eruditos. Comenzó á afearlos su bárbaro intento de haber dejado las fuentes cristalinas y de aguas vivas de la evangélica doctrina, por cisternas disipadas de aguas abominables de idolatría, y los deliciosos pastos de la amenidad de la Iglesia, por las espinosas zarzas de sus bárbaros ejercicios, y los supo persuadir de tal manera, que en pocos dias puso las dos doctrinas de los dos conventos en toda perfección, reduciendo á ellos todos sus indios, los que le cobraron igual amor que el que le tenian los de la Vizcaya; y conociendo los prelados que era en el convento de Charcas su persona necesaria, le ordenaron se quedase en él de ministro.

Administraba en aquellos tiempos, como el dia de hoy administra á los españoles del Real de minas, y habiéndose acordado las leyes de la plata, y minorándose mucho los metales, trataron de irse á otros minerales, y dejar el Real siguiente, como con efecto lo ejecutaron, salvo algunos pocos españoles que no pudieron salir por su demasiada pobreza: consoló el padre á los pocos que quedaron, y los procuraba, con las cortas limosnas del convento, socorrer, como queda referido. Viendo un

dia tan necesitados á los pobres españoles, movido de compasion, hizo oracion, pidiendo á Dios y á su Santísima Madre el alivio para tantas necesidades como padecian, é ilustrado de superior influjo, salió de la oracion gozosísimo, y llamando á los españoles, les dijo que enfrente del rostro de la milagrosa imágen de la Santísima Virgen de Charcas, como media legua del convento, cavasen, y hallarian un tesoro riquísimo de plata: hiciéronlo, y en el mismo sitio que les dijo el religioso, hallaron la riqueza, que aun hoy persevera parte de ella. A breves dias murió este venerable religioso, ocupado en santos ejercicios, y está enterrado en el convento de Charcas, y aunque muchos refieren casos prodigiosos de este varon apostólico, no los refiero, porque no consta de ellos con la certeza necesaria, para poder hacer relacion de ellos en esta historia.

CAPITULO X.

Vida del Ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan de Espinosa, obispo del Chile, é hijo de esta provincia de Zacatecas.

Una de las criaturas elegidas entre innumerables á quienes Dios puso como prodigio y señal de su maravilloso poder, sabiduría y amor, fué el Ilustrísimo Sr. D. Fr. Juan de Espinosa, hijo y honor de esta apostólica provincia de Zacatecas, quien con su profunda humildad reprende nuestra altivez; con su religiosa modestia nuestra descompostura y arrogancia; con su